

DE CULTURA Y PUEBLOS

José Luis González Vera

Columnista de *La Opinión* y *Tertuliano* de "La ventana de Málaga" en la Cadena SER

Antes de escribir cualquier idea sobre la cultura en los pueblos, conviene una reflexión, aunque superficial, sobre los términos *cultura* y *pueblo*. Un pueblo se caracteriza por su número de habitantes, inferior al de la ciudades casi siempre, aunque en Málaga algunas localidades alcancen un padrón superior al de muchas capitales de provincia españolas e incluso suecas. Por otro lado, el concepto de pueblo va asociado a lo rural pero nuestra provincia, salvo Antequera, dibuja una orografía donde la Costa acoge los mayores censos que confieren ciertas características sociales por la mezcla de gentes llegadas allende los mares y Despeñaperros. Los pueblos, por tanto, son distintos y esa palabra no alberga, desde hace tiempo, al conglomerado de casas en torno a la placita, refugio y mentidero de sol para vejetes bonachones con gorra y bastón. Las minifaldas y generosos escotes de la Costa y sus jubilados coloridos así lo atestiguan; nos encontramos en una zona donde conviven realidades tan diferentes que complican incluso la idea de pueblo que sólo se pintaba diáfana en aquellas enciclopedias franquistas en que se detallaban el cuartel de la guardia civil, el ayuntamiento y la iglesia, todo con trazo simple y sobriedad racionalista en las fachadas. Hoy, por fortuna del destino, habría que incluir una piscina municipal, las clínicas de geriatría, el polígono industrial y los clubes de alterne, en no pocos casos. Todo lo muda la edad ligera y nos hallamos en una época de cambios muy rápidos y complejos.

Si los límites conceptuales de *pueblo* abundan una realidad a la que podríamos señalar pero no definir en pocas palabras, como si un ectoplasma se nos hubiese presentado, el vocablo *cultura* complica el discurso por su mucha dosis de convención, tradicio-



nes y vanguardias. En los pueblos euskaldunes, un tipo corriendo con una lechera en las manos erige un acto cultural, y en Escocia quien arroja un tronco al aire; por tanto, aquí en nuestro sur calmo, las señoras que encalan podrían engrosar las filas de un equipo olímpico autonómico igual que quienes embuten chorizo o lanzan piedras similares de ranas sobre el agua.

El sustantivo *cultura* ampara al músico neoyorquino que enrevesa las veloces escalas de jazz en un bar de Fuengirola, a la vez que al hombretón que se desgañita en una peña flamenca de Macharaviaya. *Cultura* acoge al chico que perpetra grafitis en los muros ferroviarios de Torremolinos, tanto como al creador con prestigio alemán que exponga en Marbella.

Unos parámetros difíciles, estas coordenadas por donde discurren las actuaciones culturales en los pueblos de Málaga que de modo casi exclusivo dependen de las arcas públicas y sus defectos: ganas de agradar a la mayoría de votantes, junto a una servidumbre a los criterios de gestores, en muchos casos gentes de confianza sólo para el político que los entronizó a ese puesto donde demuestran una solvencia dudosa.

El tesoro público aporta fondos para actos culturales desde la Junta de Andalucía y Diputación de Málaga; los Ayuntamientos actúan como cada cual quiere; y el Estado limita sus actuaciones al ámbito capitalino.

Con dineros de la Junta acuden los escritores a las bibliotecas desde donde los reclamen, por ejemplo yo mismo; Diputación, también remite letraheridos por esas sierras de su dominio, junto -incluso a la vez- a payasos, orquestas de aires sandungueros y, sobre todo, flamencos que prolonguen por siglos, los mismos ayes, según parece, único distintivo de los andaluces, y las anda-

luzas, para no discriminar. Un buen amigo y gran escritor llegó a la carpa festiva en esas Semanas Culturales que de vez en cuando organiza algún concejal con propósito de que puedan ser rellenos informes y memorias; una actuación para niños que lo precedía llenó la carpa de un público aún lector de las cartillas elementales. A mí me sucedió que anduve ochenta kilómetros hacia una biblioteca vacía por la coincidencia de la *Feria de los Pueblos* en la capital, hacia donde Diputación había fletado autobuses con los pensionistas del lugar que deberían haberse aburrido con mis versos. Ni el ayuntamiento me pagó el combustible, ni el organismo responsable me retribuyó aquella lectura inexistente. Nadie dijo que este camino fuera fácil. Muchos recitales, a pesar de anécdotas, me han acercado a lectoras (el masculino aquí carece de sentido) atentas y sensibles.

La cultura en la mayoría de los pueblos se diferencia de la alegría; así, un concejal de festejos se encarga del coheterío y la jarana; mientras otro, generalmente mujer por aquello de las cuotas, se responsabiliza de la cultura, cosa severa y con presupuesto ínfimo respecto al edilato de la juerga; ya se sabe que las niñas de O.T., un cantaor por la cosa étnica, los grupos Heavy Metal y las orquestinas de pasodoble, caireles y cantante con canal de sujetador xxl, revolucionan las inversiones hacia una cantidad de votos superior a la que aporta un violinista dodecafónico, un videoartista, un escultor, o un colectivo de pintores, fotógrafos y esos individuos que, en realidad, engañan a las gentes humildes con sus fantasías.

Cicerón predijo que seríamos felices si los que saben gobernarán, o los gobernantes supieran. Los sabios, por sabios, se alejan de la política, y nuestros dirigentes traslucen en cada palabra sus deficiencias, su orgullo de ignorancia y rudeza bravía propia de reyezuelo medieval. No digo nombres porque una parte de mis ingresos me llega de subvenciones y limosnas públicas, y estas gentes carecen de sentido del humor y, sobre todo, de humildad. He asistido al sufrimiento de una concejala de cultura que durante una cena con escritores donde no podía intervenir en la conversación, aunque su cargo lo exigiera, comentó su encuentro amistoso con un dramaturgo muerto muchos años antes de que ella naciese. Silencios, y cada uno a su filete con patatas gratuito. Otro concejal no pudo inaugurar una serie de conferencias porque los nervios le bloquearon el don del verbo; eso sí, cuando el móvil le sonó en aquella sala, no tuvo inconveniente para departir con su interlocutor a la vez que el conferenciante ejercía sus funciones.

No pretendo que estas breves pinceladas modelen todo un paisaje, sólo que esbocen las condiciones en que se desarrollan algunas facetas culturales en los pueblos. Si el locutor de resultados quinielísticos relatase mis líneas creo que vociferaría:

Mostrenco 4 / Vanguardista 0

Goles de flamenco, música de consumo, artes más que vistas y letras consabidas.

Privada 0 / Subvencionada 1

A pesar de los esfuerzos de la Costa occidental, el empuje del resto machaca.

Y en el Estadio de los Intereses:

Didacticismo 0 / Vulgaridad Imperante 8

La cultura en los pueblos exhibe un eterno retorno a lo mismo. Salvo en localidades con suficientes vecinos como las que se ubican en la Costa, las tendencias modernas, los conciertos clásicos ofrecidos por una orquesta, no por una banda cofrade, o la representación de una tragedia griega se revelan un hecho imposible. Ni el Ayuntamiento dispone de fondos -en parte motu proprio- ni las instituciones supramunicipales alientan esas pretensiones. Vivimos en una provincia de segunda, dentro de una región de tercera, al fondo de un país de segunda. No es un pecado ser ignorante, pero sí la voluntad de serlo; que un chico del Genal desconozca la obra de Warhol (ya nada moderno); o que en los campos de Alameda una sesión de música electrónica signifique un hecho imposible, fraguan el ancla que nos inmoviliza a los malagueños. Nada nuevo, Picasso se tuvo que marchar de esta ciudad inmóvil, Berrocal encontró una forja decente en Verona, Toral dejó su maleta en Antequera, Ronda aún revive los pocos días que Rilke se demoró por sus calles y Vélez-Málaga abunda en su gusto naíf. El pasado presente continuo.

